

## Resonancias del de Asís

**L**ENO de finas calidades espirituales se nos ofrece este día de San Francisco de Asís y a nuestra vista se abre gozoso el sugestivo panorama grande de fortaleza y virtudes que surge a su recuerdo, atraídos por la llama cordial del santo seráfico que sintió en toda su belleza y hondura el calor vivificante de la Naturaleza creadora y la amó en todas sus criaturas vivientes.

Es precisamente en este mes sedante y sin estridencias, de fervor recogido e intenso cuando se nos presenta bello y atrayente en alto grado el día de nuestro Santo Patrón, en el que a los encantos con que otoñales se une primorosamente enlazado el paisaje sin disonancias, como destilado en sabio sentido y en el que los días se suceden reposados, suaves como la llama del óleo sagrado, remanso y sosiego del alma atormentada que encuentra en sus tonalidades, nunca agresivas, el muelle regazo en que aliviar sus pasiones en una serena y honda meditación.

Nuestro Santo fundó la Orden que nace del corazón y se refleja en los pliegues de sus gloriosas leyendas, y tal fuerza expansiva y rigor de verdad, llevaba consigo que ya a los quince años de fundada tenía santos en los altares, predicadores de fama, misioneros y millares de adeptos y seguidores en todo el mundo.

Sabemos que es proverbial el amor franciscano, y tan intenso y verdadero que conforme nos dicen sus hagiógrafos su vida se asemeja a la de Jesús, siendo tan vehemente y generoso en este quehacer que hermanaba en sublime labor tendencias tan contrapuestas como el lobo y el cordero, acercamiento que sólo hace posible el sayal franciscano. Su doctrina adopta la mayor humildad y paciencia con un amor desprendido hacia los humildes hasta exaltar esta pobreza y dolor como fuente de espiritualidad; pero exigiendo al hombre el cumplimiento de sus deberes y la práctica de virtudes como base de todo concierto social.

Con gran fervor se entregó a sus obras nuestro Santo, concorde con su condición de natural impresionable, y adornado con un sentimiento innato de bondad y de belleza. Condición valerosa y humilde con propensión a todo lo noble y grande. Amor desmedido que despertaba su corazón a todo lo que vida tenía; que por este amor a los seres de la creación nos viene a los Veterinarios el haberlos colocado bajo su gloriosa advocación, que para nosotros ha de constituir una noble y excelsa enseñanza.

La insuperable, la atrayente poesía de la Naturaleza, la expresó como nadie con el corazón y toda su vida fué una elevada poesía, pues que vibró su alma en sublimes acordes y eternas melodías, y la

poesía es eso: acorde y vibración del alma de las cosas más que lo dimanante de expresión retórica.

La profesión Veterinaria, al colocarse bajo su patrocinio, pretende que su vida y su obra sea galardón que nos presida y estimule en el quehacer y misión por ardua y espinosa que ésta sea, y se sienta elevada al contemplarse presidida por un valedor tan eficaz en lo divino y en lo humano.

Esta dura misión, que por el medio ingrato en que se desenvuelve, la hace más hostil y que tan necesitada está de un símbolo que la conforte y enaltezca, para que en momentos penosos y vacilantes le sirva de acicate con la firmeza y contento que da la satisfacción del deber cumplido.

T. RIEGO BLANCO

## AVISOS

Gran acopio de entereza es necesario para eludir el influjo de la interesada adulación. Receloso debe ser el gobernante para el adulador. Aristides, mientras gobernó con justicia, fué despreciado por los atenienses; cuando fingió desconocer la rapiña de los funcionarios, sólo escuchó alabanzas y se tornaron sus enemigos en panegiristas de sus virtudes. Trataron de elegirle nuevamente, pero él descubrió su juego y puso de manifiesto la iniquidad de sus gobernados. Ejemplar entereza fué la suya, más propicia a los errores. Es preferible cortar de raíz el mal en un principio.

Duro es, mas provechoso, el reconocer la superioridad ajena. En la batalla del Maratón, los generales alternaban en el mando cada día: cuando llegó el turno de Aristides, delegó en Milciades, por su mucho crédito y prudente consejo. A la vez que sirvió de ejemplo a sus colegas, que imitaron su conducta, fué de provecho saludable para obtener la victoria.

La inmensidad de Dios es incomprensible, no por causa del objeto, que es la perfección suma, sino por deficiencia del sujeto, que no puede encerrarlo en su pequeñez. Gran desvarío es fundar nuestro orgullo en la propia limitación y negar o eludir lo que, por su blime e infinito, no cabe en nuestra raquíca mente. Petulancia sin seso es menospreciar lo que ignoramos o no sabemos comprender. ¡Bienaventurados los simples que tienen el ánimo dispuesto a recibir con humildad la luz que ilumina su mente y la virtud que purifica su corazón!

«PRUDENS»

## EL MAESTRO GONZALO CORREAS Y SU «VOCABULARIO DE REFRANES»

**U**NA de las notas características del Renacimiento es el amor de lo popular, lo mismo en lo relativo a costumbres que en lo que se refiere a refranes, modismos y locuciones proverbiales.

Creo que una de las tendencias más acusadas de la psicología extremeña — de la que fuerza será que nos ocupemos algún día, con el debido pormenor — es lo que pudiéramos denominar «proverbialización de las locuciones coloquiales» y consiguientemente, una inclinación a adoptar los giros del habla popular, acuñados en el troquel del lenguaje local o comarcano. Se explica así la vocación popularista, patente en muchos de los hombres ilustres de esta tierra nuestra, tan recia como incomprendida.

El maestro Gonzalo Correas, catedrático de la Universidad de Salamanca en la primera mitad del siglo XVI, no contradice esta idiosincrasia racial. Lo mismo su «Arte grande la Lengua Castellana» que su «Vocabulario de Refranes» evidencian ese anhelo de sumersión en los senos de la cultura del pueblo, esa identificación con las maneras de sentir, pensar y decir del grupo humano al que se pertenece.

Ante todo conviene deshacer un error bastante extendido en relación con el lugar de nacimiento de Gonzalo Correas. Hurtado y Palencia le dan como nacido en Jaraicejo, lo que no es exacto, ya que fué natural de Jaraíz de la Vera, como expresamente confiesa él en varios pasajes de su «Vocabulario». Así en la página 43 (edición de la Real Academia Española) consigna este refrán: «Aldea por aldea, Jaraíz de la Vera», añadiendo, por vía de aclaración: «Dicen este refrán los de Plasencia y La Vera y, por ser mi lugar, añadiré lo que dice Marineo Sículo de él: «Habet autem Placenciat oppida amaenissima in quibus et Jaraizium nemoribus et arborum fructibus placidissimum». (Tiene, pues, Plasencia lugares muy amenos, entre los cuales es uno Jaraíz, con bosques, arboleda y frutas de diversos árboles, muy agradable). «Está una legua de Yuste, donde se retiró y murió el Emperador Carlos V, nuestro señor, de buena memoria».

Su nacimiento en la Vera explica los refranes alusivos a ella, que figuran en su obra. Véanse los siguientes, que no agotan la lista: «El tinto de Cuacos; de Jarandilla, el blanco, de Pasarón el clarete, de Jaraíz, de toda suerte». «Entre Cuacos y Jarandilla, viste lumbre